

que cuando se efectúan. Con alto seso cautelaron esta Bruto y Casio, pues su ejecución la trataban solamente personas forzosamente asistentes al príncipe, que ni se pudiesen extrañar ni excluir, para que no tuviese que maliciar la sospecha. Todos eran consejeros, y era el consejo donde le habían de matar. No es solo César el príncipe que ha muerto á manos de sus consejeros. A más han muerto malos consejos que sus enemigos. En esto son parecidas las leyes á la medicina. Matan los médicos y viven de matar, y la queja cae sobre la dolencia. Arruinan á un monarca los consejeros malos, y culpan á la fortuna; y los unos y los otros son homicidas pagados. Mata el médico al enfermo con lo que le receta para que sane: destruye el consejero al señor con lo que le persuade para que acierte. Háblase solo de que mataron á César, porque se ven las heridas de los puñales, y no las de los pareceres. Así dicen que matan al que hieren; mas no dicen que matan al que curan. La diferencia es grande, mas no buena; porque á estocadas muere uno, y á malos consejos muchos, si no todos. ¿Cómo podía vivir un monarca que tenia por sus enemigos sus senadores? Antes me espanto cómo vive alguno, pues pocos los tuvieron por amigos. Dañoso es el consejo en el príncipe que no sabe temerle como tomarle. Es forzoso y necesario que el príncipe le tenga y le oiga, si le sabe descifrar. Algo ha de tener mas que sus consejeros el príncipe, si quiere que no le tengan los consejeros á él. Quien sabe recibir consejo, hace que se le sepan dar. Aquel es verdaderamente rey, que por sí sabe, con lo que determina en lo que le aconsejan, aconsejar á los que le consultan. Muchas cosas han acertado consejos admitidos, y no menos los desechados. Entiende César que viene á que le aconsejen, y viene á que le maten. Mucho deben temer los malos, en lo que olvidan, la memoria del grande Dios: ella en el castigo de los delinquentes sirve de fiscal para las circunstancias del pecado. No basta que muera César, sino que caiga muerto á los piés de la estatua de Pompeyo, á quien dió muerte. Siempre fué sumamente aborrecible á Dios la hipocresía. Holgóse César de ver cortada la cabeza de Pompeyo, y fingió lágrimas; y desquitóse la justicia divina de esta maldad, con la circunstancia de arrojarle muerto á los piés del bulto del ofendido. Siempre gobernó el mundo el Dios solo verdadero, todo santo, siempre justo. Los errores de la religion fuéron originados de la mente engañada de los hombres: ellos obraban como flacos; él como justiciero. Con los dioses inducidos de la idolatría le pusieron nombres; mas no le quitaron el oficio. Tan cuidadosa estaba su providencia entónces como ahora: mas ofendida, lo confieso; mas no menos ejercitada. Mata el tirano porque puede, y no se acuerda que puede y debe morir quien mata. Júzgase fuera del castigo, porque no se acuerda de quien le juzga. Si Julio César leyera, y no mirara la estatua de Pompeyo, la temiera proceso, y no la viera imágen: luviérala por querrela de bronce contra él, y no por adorno de su tribunal, ni lisonja de su venganza.

## TEXTO.

«Luego que amaneció, Bruto con un puñal encubierto salió de su casa, sin que otra persona que su mujer fuese sabidora de su intención. Los demás se juntaron con Casio, y trajeron á su hijo al foro á que

tomase la toga viril. Desde allí se fuéron todos al pórtico de Pompeyo, disimulando que aguardaban la venida de César. En esto principalmente se puede admirar la inmovilidad y constancia de estos varones, pues muchos de ellos, á quien por razon de la pretura tocaba juzgar, no solo daban benigna audiencia á los litigantes, como si tuvieran el ánimo desembarazado del peso de tan dificultosa empresa, sino que á los pleitos y causas que atentamente oían, con grande juicio daban respuestas, disputándolas y decidiéndolas. Y como uno, rehusando pagar lo que por sentencia se le habia mandado que pagase, clamase á César con grandes voces y porfiadamente, mirando Bruto á los circunstantes, dijo: *César no me prohíbe ni prohibirá juzgar conforme á las leyes.* Y de verdad en aquel dia muchos riesgos y dificultades les opuso turbulenta la fortuna. Lo mas principalmente fué la detencion de César, que, como no pudiese sacrificar, temerosa le detenía su mujer, y congojados le contradecían los agoreros la salida de su casa en publico.»

## DISCURSO.

Las determinaciones grandes quieren que prevenga la prudencia propia á la malicia ajena. Hase de poner en el alma tan estrecha reclusion á los pensamientos, que no se les deje salida ni respiradero desde los sentidos á las potencias. Son parleros los ojos, y suelen las acciones del cuerpo ser chismes de la negociacion del entendimiento. El que piensa divertido, suspenso dice lo que calla. Hase de imaginar de suerte, que por la tristeza no pueda el tirano imaginar que se imagina. El que sabe ser dos, en una accion se guarda las espaldas, con lo que finge, á lo que traza. Los tiranos son grandes estudiantantes de los semblantes; y el pueblo, cuando reinan, espia con atencion las señas exteriores, para descansar la curiosidad ansiosa sin riesgo. Nada se ha de mostrar ménos que lo que se desea mas. La hipocresía exterior, siendo pecado en lo moral, es grande virtud política. Llámola el viento de que se sustenta el camaleon del poder. Habian concurrido todos los conjurados á dar la muerte á César; y como si no atendieran sus ánimos á tan aventurado suceso, atendian con tal despejo á los pleitos que como pretoros oían, que fuera de aquella ocupacion, no parecia que les quedaba otro hombre interior armado y prevenido. No solo no parecia que aguardaban á Cesar, sino que no se acordaban que le habia.

En ningun tiempo el judaismo ni la gentilidad pudo acusar á la providencia de Dios de poco solícita de la enmienda de los malos. Es estilo de su justicia prevenir sus castigos con advertimientos y señales. Fuéron muchas las que amonestaron á Julio César su muerte; empero á las culpas de asiento en el corazon del hombre, las mas veces se añade otra peor, que es la dureza y la incredulidad, de que se fabrica la confianza, á cuyo cargo están las ruinas de los príncipes, las caídas de los poderosos, y las desgracias de todos; porque la obstinacion fué siempre, y lo será, autora de tragedias.

Pocos meses ántes de este dia, como en la colonia Capuana (por la ley Julia) los vecinos cavasen los sepulcros antiguos para hacer heredades, y esto lo hiciesen con mayor afecto, persuadidos que hallarian tesoros, por algunos vasos que testificaban grande vejez, que

envueltos en la tierra sacaban, hallaron una tabla de metal en el sepulcro en que se entendia estaba enterrado *Capis, fundador de Capua.* Estaba en ella con letras griegas escrita esta advertencia: *En el tiempo que los huesos de Capis fueren descubiertos, sucederá que al descendiente de Julio, con sangrienta mano, darán la muerte sus deudos.* De esta adivinacion, porque no la tengan por mentirosa ó fingida, es autor Cornelio Balbo, familiarísimo de Julio Cesar. Hasta aquí son palabras de Suetonio.

Mucho crédito dió la gentilidad en las amenazas, por venir á las palabras de los que se morian, y á los escritos que se hallaban en las sepulturas; mas yo alguna sospecha tengo de estas cosas que se descubren debajo de tierra; y mas de esta, cuando para irritar á todos contra Julio César, andaban los odios poniendo coronas á las estatuas de César, y cedulones en la estatua de Junio Bruto. Muchas cosas han achacado los invencioneros á los paratismos de los que espiran, y á los monumentos de los difuntos. Sea verdad ó no, grave autor lo escribe de la relacion de un amigo de César, y debiera recelar este escrito, si no por profecía, por amenaza; y porfiar en el desprecio de estas cosas, mas es de necio que de constante. Escriben tambien que, pocos dias ántes de este dia, los caballos que pasando el Rubicon habia consagrado y dejado libres sin guarda fuéron hallados sin querer pacer, con pertinacia y llorando. Ya en Homero se leen llantos y lágrimas de caballos. No sería mucho que hubiese la historia aprendido esta fábula de la poesía, ó que los aduladores de César, que despues de su muerte le hicieron dios, afirmando que su alma la vieron arder estrella, le añadiesen por adherentes de divinidad estos prodigios.

Estando sacrificando Spurrina, arúspex, le amonestó que se guardase del peligro, que no pasaría de los idus de marzo. Otros escriben que este era astrólogo, y que lo advirtió por una direccion de su nacimiento de César.

Para conmigo muy desautorizado crédito tiene la astrología judiciaria. Es una ciencia que tienen por golosina los cobardes, sin otro fundamento que el crédito de los supersticiosos. Es de la naturaleza del pecado, que todos dicen que es malo y le cometen todos. Es un falso testimonio que los hombres mal ocupados levantan á las estrellas. No niego que las causas superiores no gobiernen las naturalezas de la tierra, ni que de sus influencias dependa esta porcion inferior. Mas con ella propia niego que sus aforismos tengan verdad; pues ni ellos son nivelados con alguna certeza, ni hay experiencia que no la desmienta. Con una propia posicion de signos y planetas y aspectos, uno murió muerte violenta, y otro fué largos años fortunado. Y sin diferenciarse en algo, en una propia casa las estrellas son raramente verdaderas, y frecuentemente mentirosas. Con evidencia probó esto y sin respuesta, despues de otros muchos doctos y religiosos escritores, Sixto ab Hemminga Frisio, en su libro, cuyo título es: *Astrologiae, ratione et experientia refutatae*; demostrándolo en treinta nacimientos de treinta príncipes, reyes, emperadores y pontífices, cuyas vidas y muertes fuéron ejemplo de sumas fortunas y miserias, observadas por Cipriano Leovicio, Jerónimo Cardano, Lucas Gáurico, grandes maestros de la astrología judiciaria. Y siendo así que toda ella es un temor forzoso y un consuelo inútil, y tan vana cuando

es amenaza como cuando es promesa, ni á ella le faltarán secuaces, ni á ellos aplausos. ¡Oh ceguedad del hombre, que no sabiendo lo que es, y olvidando lo que fué, quiere saber lo que será! No ignoro muchos casos extraños que se refieren de la astrología; mas como son en el mundo mas antiguos los embusteros que los astrólogos, y en todo tiempo hubo credulidad y ignorancia y mentirosos, yo retraigo á la duda la calificacion de estos cuentos. Por esto aconsejaré á los príncipes dos cosas: la primera, que no los oigan; la segunda, que si los oyen, por la religion no los crean, y que por la prudencia no los desprecien; que con esto dotrinarán bien el error de haberlos oido.

Un dia ántes la ave llamada regaliolo, llevando un ramo de laurel y siguiéndola muchas aves de varios colores, entrándose en la curia de Pompeyo, fué dellas despedazada; y aquella noche que amaneció el dia de su muerte, al mismo César le apareció entre sueños, que volaba sobre las nubes, y tambien que se daba las manos con Jove. Calpurnia su mujer vió como en vision que se caía lo mas alto de su palacio, y que en sus faldas mataban á su marido; y luego de repente se abrieron las puertas de su aposento.

Concedamos que todo esto sucedió como lo escriben, persuadidos eran diligencias de la inmensa piedad de Dios para evitar en los conjurados el delito del homicidio, y en César para prevenirle la muerte. Háblolos por los agujeros que entónces oían; aconsejolos con las aves, con los animales, con los sepulcros, con los sueños; porque ni á César contra Dios le quedase queja de su muerte, ni á los matadores excusa de su delito. Por esto los monarcas deben cargar la consideracion sobre los acontecimientos, considerándolos como prevenciones divinas, no como supersticiones humanas.

## TEXTO.

«La turbacion, segunda aquel dia para los conjurados, fué que uno de los que no eran de la determinacion, se llegó á Casca, que era de los confederados, y apretándole la mano derecha, le dijo: *Tú, Casca, nos has callado el secreto; mas Bruto nos le ha declarado todo.* Y riéndose de la confusion y espanto con que se turbó Casca, añadió: *Dime, ¿de dónde has enriquecido tan presto que te presumes edil?* Cerca estuvo Casca, engañado del hablar dudoso de este, de confesar el trato de todos. Y al propio Bruto y á Casio, Popilio Lena, varon del orden senatorio, hablándoles inclinado al oído, les dijo: *Yo deseo por vosotros que ejecutéis con las manos lo que teneis cerrado en los corazones; yo os aconsejo que no lo dilateis, porque el silencio dura poco.* Y habiendo dicho esto, se fué, dejándoles grande sospecha de que su determinacion estaba descubierta. En esto vino un criado de su casa de Bruto, desalentado, á decirle que su mujer estaba espirando. Porcia, aumentado con el cuidado del peligro de su marido la herida, no se osegaba; y á cualquier rumor pequeño que oía, preguntaba por Bruto y qué hacia. Con estas ansias diferidas la dió un desmayo que, no pudiendo tenerse en pié, entre sus criadas cayó sin algun sentido, tan mortal en la color y falta de voz y respiracion, que juzgándola por muerta las mujeres que la asistian mezclaron los llantos en un rumor desconsolado y lastimoso, de que se ocasionó decir los que le oían, que Porcia era muerta; y llegan lo

esta nueva, Bruto no la creyendo, con ánimo invencible no quiso dejar el negocio público por el suyo, aunque le era de tan inmenso dolor.»

## DISCURSO.

En los grandes movimientos de las repúblicas y reinos hacen oficio de adivinos los desocupados maliciosos, y de astrólogos los mal contentos que atienden. No todo lo que se calla y se descubre es falta de secreto, sino muchas veces sobra de malicia ajena. Por eso conviene prevenirse los movedores de las facciones de recato prudente y mudo, y desentenderse de las palabras equívocas con que los curiosos preguntan y espían, dando á entender que saben lo que desean saber. Casca titubeó, y con la turbación de lo que oía habló mucho de lo que callaba. Empero Bruto y Casio con duplicada advertencia oyeron á Popilio Lena, encubriéndole tanto la sospecha con que los dejaba, como lo que hacían; y no por el riesgo que se les representó desmayaron su determinación. Tan conjurados estaban contra su propio peligro, como contra César. Oyó Bruto la nueva de que su mujer era muerta, y negóse á su dolor por asistir al público. No matará al tirano el que primero no decretare su muerte que la del tirano. Tan honrada como sabiamente se detuvo Bruto: porque si, como decían, Porcia era muerta, no podía resucitarla; y si pasaba la ocasión, no era posible restituirla. Tuvo por mas fina y autorizada demostración vengar su muerte con la de César, que llorarla con los ojos, que á pesar de su sentimiento mostraba enjutos.

## TEXTO.

«Estaban sospechosos algunos de que César estaba ya cansado de vivir, y que deseaba no tener salud tan achacosa, y que por esto no hacia caso de lo que le amonestaban los agüeros, y ménos de lo que le decían los amigos. Algunos juzgan que (neciamente confiado en aquel postrero Senado) no quiso que le acompañase aquel día la guarda española, que con cuchillas desnudas le asistía. Otros dicen que muchas veces afirmó quería mas padecer una vez las asechanzas que le amenazaban, que temerlas cada día. Y no faltó quien refiriese que le oyó decir que á la república misma importaba su vida y su salud, que él harta gloria habia adquirido; y que si le sucediese algo, que la república no tendría quietud, y que en algun tiempo con mayor desdicha padecería guerras civiles. Convencido de estas razones determinó ir al Senado aquel día tan contradicho de todos, y finalmente, porfiado de Décimo Bruto que le decía que no era razon dilatar los negocios. A la quinta hora salió de palacio, habiendo determinado no decidir algun caso, disculpándose con la poca salud, por causa de no haber podido sacrificar: agüero que le atemorizó algo. Dijo luego que César venia ya en la litera; y en el camino, á vista de Bruto y Casio, Popilio Lena, el que los habia saludado como sabidor de la conjuración, hizo parar la litera; y atendiendo cuidadosos los dos, se detuvo hablando con César en secreto grande rato; y no oyendo la plática Casio ni Bruto, sospechando que sería darle noticia de sus intentos, algo se cayeron de ánimo. Y como Casio y otros, recelosos desta plática, empuñasen las espadas, conjeturando Bruto de las acciones de Popilio que le pedia por sí alguna cosa con vehemencia, y que no los

delataba, desengañado los aseguró á todos de la sospecha que los aceleraba. Poco despues Lena, despidiéndose de César, le besó la mano, declarando con las postreras palabras que le habia pedido alguna merced para sí. Pasó adelante, y un ciudadano le dió un memorial en que iba declarada la conjuración, con los nombres de todos los conjurados, y le dijo: *César, lee ese papel; que te importa.* El, llevando los demas memoriales en el puño, este, para acordarse de leerle, se le puso entre los dedos; y divertido con la instancia de la gente no le leyó. Cerca del Senado vió pasar á Spurrinna, y acordándose de su pronóstico, le dijo en voz alta: *Spurrinna, hoy son los idus de marzo;* y Spurrinna le respondió: *Hoy son, pero no han pasado.* Todo esto oían los que esperaban á hacer verdadero á Spurrinna, y aciagos los idus de marzo.»

## DISCURSO.

Matarse por no morir es ser igualmente necio y cobarde. Es la acción mas infame del entendimiento, por ser hija de tan ruines padres como son ignorancia y miedo: dos vicios en cuyo matrimonio no se ha visto divorcio; pues quien tiene miedo, ignora; y quien ignora, tiene miedo. Solo deseo saber dónde halla el valor para matarse quien no le tiene para aguardar que le maten. Sospecho que esta es hazaña del temor, que tambien sabe dar heridas y ensangrentarse. Más son los que han muerto en las batallas á miedo, que á hierro; y no son pocas victorias las que ha alcanzado el temor por desesperado, no por valiente. Esto con la experiencia avisó á la sagacidad del victorioso, á contentarse con la fuga del contrario. De aquí se colige que el miedo se hace temer, y que en el cobarde que huye suele ocasionar victoria el vencedor que le sigue. Mejor se puede disculpar el que se muere de miedo, que el que de miedo se mata: porque allí obra sin culpa la naturaleza; y en este, con delito y culpa, el discurso apocado y vil. Contra toda razon celebran por gloriosos á los que se dieron muerte por no venir á poder de sus enemigos, sin ver que su pusilanimidad hace en ellos cuanto pudiera hacer la insolencia del contrario. Necio ahorro es el del miedo. Dase Caton la muerte porque César no se la dé: si fué por esto, él fué en sí propio vencido, y justiciado, y verdugo, y venganza, y vengador de César. Si lo redujo á la aritmética de la cobardía, y juzgó por muchas muertes muchos dias de vida sujetos, y quiso ántes una que muchas; quien se confiesa medroso de vivir sujeto, ¿cómo calificará el matarse de miedo de no sujetarse? Confíesase indigno de las defensas del sufrimiento invencible, despreciador de calamidades. El sufrimiento y la paciencia son los valentones de la virtud. No padece la fortuna ultraje de otros, desaliéntanse en ellos los castigos, cánsase en su perseverancia la crueldad.

Julio César viéndose combatido de sueños, advertencias, pronósticos y agüeros, se dejó al peligro, queriendo mas padecerle una vez, que temerle muchas; sin advertir que muchos recelos ántes estorban la muerte que la ocasionan. Dictábale estas palabras á César la persuasión de su conciencia, por usurpador del imperio. Más se condenaba por lo que sabia de sí, que por lo que sabia de los otros. Tratábase como á tirano; y el no querer que le acompañase la guarda de españoles, no fué temeridad, sino conocimiento de que al delincuente no le

vertir á los príncipes para que no lean lo que les importa. Faltóle tiempo á César para leer, y faltóle la vida por no haber leído. Justo es que quien difiere á otro tiempo su remedio, no alcance remedio ni tiempo.

## TEXTO.

«Entró César en el Senado, y luego le cercaron todos, fingiendo querían consultarle algunos negocios. Allí se dice que Casio, volviendo la cara á la estatua de Pompeyo, la pidió favor; y Trebonio con malicia divirtió á Antonio, y le detuvo fuera de la puerta de la Curia, porque no entrase.»

## DISCURSO.

Tanto importa saber escoger el lugar para la ejecución de una maldad, como el secreto. En todo fué grande la habilidad de esta traición, pues supo escoger personas y sitio. Algunos fueron de parecer que embistiesen á César en la calle, otros en su casa. Estos eran consejos de la ira, no del discurso. Marco Bruto, que como cabeza pensaba por todos, resolvió que fuese en el Senado, diciendo: Que de matarle en las calles ó en otra parte podia resultar fácilmente su ruina, porque la dignidad del príncipe tenia grande séquito, y su valor muchos devotos, y su persona muchos apasionados; y que á todos estos, que eran muchos y poderosos, la muerte violenta encenderia en compasión piadosa, siendo informados por la vista, del horror, de la sangre y de las heridas. Que el pueblo en los sucesos repentinos y públicos sigue al primero grito, y da el oído, por donde se gobierna, al que ántes se le ocupa. Que aun los enemigos y quejosos y castigados del propio César, por mostrarse generosos y humanos, ó serían neutrales, ó seguirían (por su seguridad) á la mayor parte; porque en casi todos los rencores la enemistad tiene por orilla la muerte del que aborrece; y que en esta confusion grande y forzosa no podria ser oída su razon ni las causas de ella. Que todos los que no habian sido en ello, quejosos de que habian desconfiado de su secreto y su valor, habian de ser sus enemigos, y que serían los quejosos séquito y aclamacion de César. Que era locura fiarse en que por ser en utilidad de todos el librar la patria del tirano, lo seguirian todos con aplauso; pues habian visto que infinitos, de los mejores y mas valientes de la patria, le habian asistido á hacerle tirano por el hierro y por el fuego; y que todos estos tenian hoy su medra en su conservación, y que sería difícil delante del cuerpo de César despedazado persuadir, tan pocos á tantos, que era celo y no envidia la que los movia, y era fácil recelar peor tiranía de los matadores; porque es pondicion del pueblo aborrecer al que vive, y echarle ménos en muriendo: siendo así que las alabanzas y los elogios magníficos solamente los merecen las desdichas y la sepultura. Que se debían temer mucho los llantos de las mujeres, de cuyos afectos dependen las determinaciones de los hombres. Y afirmó que estas empresas se debían ejecutar en parte que ántes se supiese la causa, que la muerte; que oyesen que estaba muerto, y que no le vieses difunto. Que para conseguir esto, y evitar los inconvenientes referidos, el lugar solamente á propósito era el Senado, y las personas solamente convenientes los senadores; porque el lugar autorizaba el suceso, y las personas, como padres de la patria, le calificaban; y que

defiende la guarda, sino la enmienda. Sabía que al que quieren matar, los que le guardan le acompañan la muerte, no se la estorban; y cuando saben de quién habian de guardar al príncipe, ya no tienen príncipe que guardar; porque del matador solo da noticia el ya muerto, y cuando no bastan á la defensa del difunto, atienden á la prision del homicida. César, por su discurso, desconfió de la defensa de su vida; y por su tiranía, del castigo de su muerte: y así, ni fué temeridad ni valor, saliendo, dejar la guarda. Muy esforzada borrasca padecía su imaginación, pues de esta temeridad le pasaba á una confianza tan vana como decir: «Que su conservación á quien mas importaba era á la república.» ¡Oh cuán inadvertidamente se aseguran riesgos particulares en conveniencias comunes, y mas cuando la conveniencia de muchos se funda en el daño de uno! ¿Quién fué tan necio, que su salud se persuadiese importaba tanto á otro como á él? En esto confesó César los delirios de su estimación propia, que es y será el tósigo de todas las prosperidades. Parece que César iba haciendo lugar á sus enemigos, y desembarazándoles su determinación. Todos estaban obstinados: César en llegar á morir, á pesar de toda la naturaleza; los conjurados á matarle, á pesar de tantos sobresaltos y sustos, pues no desconfiaron su secreto de la larga conversacion recatada de Popilio Lena con César. Dijo su mujer que no saliese, mandóselo el sueño, amonestáronselo los agoreros, amenazóle el astrólogo, y á nadie creyó; guardando el crédito para Décimo Bruto, uno de los conjurados, que le dijo que saliese. Séame lícito afirmar que César fué el primero, y el postrero y el peor conjurado contra sí; y que si él no lo fuera, no tuviera efecto la conjuración. Los monarcas mas peligran en lo que creen que en lo que dudan; porque esto aguarda el consejo que busca, y aquello sigue el que le dan.

Bien desenfadada se mostró la sospecha de César, cuando al entrar en el Senado, y viendo á Spurrinna, astrólogo que le habia amenazado, le dijo: «Spurrinna, hoy son los idus de marzo.» Parece que se enfadaba César de la pereza de su desdicha. Siempre quien se burló de su peligro, se halló burlado dél. Bien constante y prodigiosa fué la respuesta de Spurrinna: «Hoy son los idus, mas no han pasado.» Extraño divertimento fué no reparar en estas palabras, en que hoy repara con temor el que las lee. Empero esto no fué tan digno de admiración como tomar el memorial, en que otro le dió noticia de la conjuración nombrando los conjurados, y diciéndole «que le leyese luego, que le importaba»; y cuidadoso César, para diferenciarle de los demas memoriales que llevaba en la mano, le puso entre los dedos, y entró en el Senado sin leerle. Claramente se ve que en este caso se juntó á la flaqueza del hombre la providencia de Dios. ¿Quién podia esperar que quien no habia dado crédito á las aves, ni á los animales, ni á los sepulcros, ni á las estrellas, ni á los sacrificios, ni á la religion, le habia de dar á un particular? Aquí se conoce cuán flaco de memoria es el pecado: tiene César en su mano su vida, y la olvidó; tiene en la ajena la muerte, y la busca. En nuestra mano nada se logra: en la de Dios nada se pierde. Pocas veces son dichosos los avisos saludables en poder de los tiranos. No es nuevo en ellos tomar el buen advertimiento para olvidarle, ni poco análogo perderse por haberle olvidado. Canas tiene el di-

saldría el homicidio, en el razonamiento, mas venerable que lastimoso, y su atencion desembarazada de piedades desordenadas y de conmisericordias plebeyas, y que reverenciarian por misterio la crueldad. Convencidos de esta doctrina, determinaron se cometiese la muerte en el Senado.

No escribo estas razones para dotrinar conjuras, sino príncipes, porque reinen advertidos del lugar y de las personas en que solamente sus peligros se logran. No tienen culpa las hojas de la salvia, llenas de virtudes, de que muera el que las traga, sino el sapo que las envenena; y por eso es el peor de los animales, porque busca lo mejor para hacerlo malo. No serán culpables las hojas de mi libro en la rabia del basilisco que las leyere, sino el contagio de sus ojos, que miran con muerte; ni acusará estas razones sino aquel que sintiere que yo descubra en advertencia lo que secreto podia él obrar en tósigo. Sepan temer los reyes, y sabrán vivir. No les da veneno quien no les da de beber, no los hiere quien está apartado, no los engaña quien no los aconseja: el campo de su batalla es su palacio. Sé que algun furioso se ha atrevido á dar muerte á su príncipe en la calle, empero sé que es alguno. Mas tambien sé que no hay alguno que pueda contar los monarcas que han muerto á manos de sus confidentes, y cuántos hijos han hecho herederos los criados de sus padres. César vivió en las batallas, donde se muere. César murió en el Senado, donde se vive. Pues los reyes y emperadores toman de César el nombre, no dejen el ejemplo y el escarmiento.

¡Notable accion fué la de Casio, mirar la estatua de Pompeyo y pedirle ayuda! Esta fué idolatría de la ira, al agravio. Persuádase el que hace morir á otro, que podrá derramar su sangre, mas no acallarla. La estatua de Pompeyo muerto era en el Senado el ídolo de los agresores de César. No hubo César entrado en el tribunal, cuando le rodearon todos con achaque de negocios fingidos. No habian entrado ellos á perder tiempo, sino á quitársele á César y gozarle.

Habian excluido de la conjuracion á Marco Antonio, si bien era hombre en cuyo ardimiento ántes se cansaban los trabajos, que le cansaban: nacido á la guerra, bien afortunado en las armas, y por esto singularmente favorecido de César, que fué la primera causa de excluirle del trato y conspiracion. Sabían que Antonio fué causa de las inobediencias de César, cuando no quiso dejar las armas; pues siendo tribuno de la plebe por las dádivas de Curio, no queriendo el Senado leer las cartas que César escribia por la prórogacion de su cargo, él osó leerlas concitando el pueblo. Y viendo que Lépido y Caton refutaban las nuevas condiciones que se proponian por los amigos de César, se fué arrebatadamente con Quinto Casio adonde estaba César, y con gritos sediciosos le exhortó á la tiranía. Movióles asimismo á no darle parte el ser Marco Antonio temerario y ambicioso, amigo de novedades, asistido de malas y bajas costumbres, deshonesto con publicidad, bebedor con infamia de su juicio, compañero de rufianes y alcahuetes y bufones, protector de facinerosos y delincuentes, y todo su espíritu una poblacion de distraimientos y escándalos. Por esto no solo recataron de él sus designios, mas con providencia trazaron que Trebonio este dia le entretuviese en palabras á la puerta, porque no entrase en el Senado. Y si bien todos fuéron de parecer

que con César debian dar muerte á Antonio, Marco Bruto lo contradijo severo, diciendo no convenia extender el cuchillo á otra vida que á la del tirano, porque no se difamase la accion con señas de guerra civil ó venganza. Esta fué la primera, sino la mayor necedad del discurso de Bruto, pues ignoró que de las acciones violentas la calificacion está en la seguridad, y que está la da ántes el extremo que el medio. Persuadióse que muerto César seguiria su partido Antonio, sin advertir que era mejor que siguiera á César en la muerte, que esperar que los siguiera en su opinion. Cierito era que pues ayudó á otro á usurpar la libertad de la patria, para lo propio no se desayudaria á sí mismo; y por esto fuera mas seguro matarle que detenerle.

## TEXTO.

«Tenian cercado á César con achaque de negociar, y entre todos Tilio Cimbro le rogaba por un hermano suyo desterrado. Y por llegarse con buen color, valiéndose todos los otros de la ceremonia del ruego, pidiéndole lo propio le tocaban los piés y el pecho, le asian de las manos, y con besos le tapaban los ojos. César despidió la intercesion, y embarazado con las ceremonias, se levantó para librarse de ellas por fuerza. Entonces Tilio Cimbro con las dos manos le quitó la toga de los hombros, y Casca, que estaba á sus espaldas, sacando un puñal, el primero le dió en un hombro una herida pequeña. Y asiéndole de la empuñadura César, exclamando con alta voz, dijo en latin: *Malvado Casca, ¿qué haces?* Mas en el griego pidió á su hermano que le socorriese. Y como ya fuesen muchos los que le acometian á César, y mirando á todas partes para defenderse, viendo que Bruto desnudaba la espada contra él, soltó lamano, y el puñal de Casca, que tenia asida; y cubriéndose la cabeza con la toga, dejó su cuerpo libre á los homicidas que, turbados, arrojándose unos sobre otros á herir á César y acabarle, á sí propios se herian. Y Bruto, dándole una herida, fué herido de sus propios compañeros en una mano, y todos quedaron manchados de la sangre de César, y César de alguna de ellos.»

## DISCURSO.

Los que para hacerle aborrecible le añadieron corona, dignidad y poder, para matarle le prendieron con la adoracion, le cercaron con las reverencias, y le cegaron con los besos. Más homicidas fuéron aquí los abrazos que los estoques. Debo decir que sin aquellos no lo supieran ser estos. Bien puede haber puñalada sin lisonja, mas pocas veces hay lisonja sin puñalada. Pocos tienen á la adulacion por arma ofensiva, y menos son los que no la padecen. Es matador invisible á la guarda de los monarcas; éntrale la muerte por los oídos, envainada en palabras halagüeñas. Las caricias en los palacios hacen traiciones y traidores; y cuando son menos malas, son prólogos de la disimulacion. Tan desnuda anduviera la mentira como la verdad, si la lisonja no la vistiera de todos colores. Es la tienda de todos los aparatos del engaño, de todos los trastos de la maldad. En ella halla espadas la ira, máscaras el enojo, caras la traicion, novedades el embeleco, disfraces la asechanza, joyas el soborno, galas y rebozos la ambicion, la maldad puestas, y la infamia candal. Humllábanse estos á César para derribarle; llegábanse á él para apartarle de

la vida; llevábanle en los abrazos las heridas, y en los besos la ceguera. Hallóse tarde embarazado; levantóse en pié para desviarlos por fuerza. Mal apartan de sí los príncipes el peligro doméstico: es fácil no ocasionarle; y ocasionado, es imposible el huírle. Determinarse tarde al remedio del daño, es daño sin remedio. En tanto que estuvo sentado, se le arrodillaron; en levantándose, se levantaron para derribarle. Quitóle Tilio Cimbro la toga de los hombros, y luego Casca el primero le dió por las espaldas la primera puñalada. Rey que se deja quitar la capa, da ánimo para que le quiten la vida. Los que cara á cara le desnudan, dan la señal á los que están detras para que le maten. Esta primera herida, que dice Plutarco que no fué de peligro, fue la mortal, con ser la primera, pues dió determinacion á las otras. Quien empieza á perder el respeto á los reyes, los acaba por todos los demas que le siguen. Es reo de lo que hace y de lo que hace que hagan. «Asió César á Casca la mano con el puñal por la guarnicion, y con grande voz le dijo en latin: *Malvado Casca, ¿qué haces?*» ¡Oh ceguedad de los tiranos! Ven al que los desnuda delante, y al que los hiere detras, y preguntánles lo que hacen! Quien pregunta lo que padece, con razon padece, y sin remedio, lo que pregunta. No puede ser mayor ignorancia que preguntar uno lo que ve. Este es el riesgo de los monarcas, que ni conocen los matadores cuando los matan, ni la muerte estando muriéndose. Tiene César en la mano la empuñadura de la espada que le hirió, y la punta en la espalda, y pregunta gritando al homicida lo que hace, habiéndoselo dicho el golpe y la sangre. Achaque es de la majestad descuidada preguntar al que le destruye, y no creer al que le desengaña. Si los reyes preguntaran á sus heridas, y no á los que se las dan, tuvieran noticia de su defensa.

César volvió á mirarlos y vió que todos con las espadas desnudas juntos le embestian; mas, viendo que con el puñal desenvainado le acometia Marco Bruto, cubriéndose la cabeza con la toga, se dejó á la ira de los enemigos. Suetonio escribe que le dijo en griego: «¿Y tú entre estos? Y tú, hijo?» ¡Qué mal atenta, y cuán desacordada es la hora postrera de los tiranos! Todos ó los mas acababan diciendo requiebros á quien los mata. ¿Qué otra cosa puede suceder al que llega con su pecado hasta su muerte? Era Marco Bruto su pecado, hijo (así lo entendia César) de su adulterio; y admirase de que un hombre pariente de su delito esté entre los que le hieren, y llama hijo al que es cabeza de los conjurados contra él! Defendióle, como se ha visto, en la rota que dió á Pompeyo en Farsalia, llamóle á sí desde Larisa, abrazóle en llegando á su real, perdonó por él á Casio, dióle gobiernos, arrimóle á sí en el Senado; y espántase de que esté con los que él propio le juntó, y verle donde le habia entrado! Mire el príncipe á quién acerca á sí y á quién se acostumbra; porque esto es en su mano, y no el remedio de esto.

Luego que vió á Bruto contra su persona, desamparó su defensa. En esto mostró buen conocimiento, aunque tarde, pues se dió por muerto sin remedio cuando vió armada contra sí á la ingratitud.

Cubrióse la cabeza: lo propio hizo Pompeyo cuando vió irremediable su muerte en la espada traidora de Achilas. Era esta una supersticion de los gentiles para que no viesan con las ansias naturales fca los enem-

gos su muerte. Llegaba el punto de su valentía hasta no querer que viese alguno los sentimientos forzosos del cuerpo ni los ademanes del fin de la vida.

Pondera Suetonio que cuando cayó, por caer decente se cubrió con la propia toga los piés. Advertencia para caer bien y para morir á oscuras, no es advertencia del juicio, sino circunstancia del yerro. Mejor es mirar por los piés para que no caigan, que dejarlos caer y mirar porque no se vean. Cubrirse de piés á cabeza con la toga, fué hacer la toga mortaja. Cuidar de menudencias para despues de muerto, y no de los riesgos para no morir, quiere ser piedad, y no sabe; quiere parecer advertencia, y no puede: pretendió ser recato honesto, y quedóse en melindre castigado.

## TEXTO.

«Muerto César en la forma que hemos dicho, Bruto, poniéndose en medio de todos, por verlos turbados, intentó con razones detenerlos y quietarlos; mas no lo pudo conseguir; porque, despavoridos y temblando, huían, y en la puerta á la salida se atropellaban unos á otros sin orden, no siguiéndolos ni amenazándolos alguno.»

## DISCURSO.

No hay cosa tan disimulada como el pecado. En la noche que le sobra, con que ciega sus fines, escureca los sentidos y potencias de sus secuaces. Es lumbre de linterna, que turba y deslumbra á quien la mira y pone en ella los ojos; es luciérnaga, que, mirada de lejos, se juzga estrella, y acercándose y asiéndola, se halla gusano que se enciende en resplandor con la escuridad, y se apaga con la luz. Todos estos engaños resplandecientes puso la culpa en ejecucion con Marco Bruto y con los conjurados. Acreditóles la determinacion, persuadióles el séquito, escogióles el lugar, dispúsoles la traicion, llególes la hora, entrególes á César, desnudó sus puñales, derramó la sangre y la vida del Príncipe, y callóles la turbacion que les guardaba por haberla derramado. Ninguno ve la cara de su pecado, que no se turbe. Por eso, cauteloso, no la descubre él cuando le intentan, sino cuando le han cometido. Para introducirse en la voluntad, que solo quiere lo bueno, y lo malo debajo de razon de bueno, se pone caras equívocas con las virtudes. Es el pecado grande representante: hace, con deleite de quien le oye, infinitas figuras y personajes, no siendo alguno de ellos. Es hijo y padre de la hipocresía, pues primero para ser pecado es hipócrita, y es hipócrita luego que es pecado. En el mismo instante que los conjurados empezaron á dar la muerte á César, se turbaron de suerte que por herirle se hirieron unos á otros. Sola esta (llamémosla así) justificacion tiene la culpa, que siempre reparte con los delincuentes el mal que les persuade que hagan á otro. Aquí se conoce que la pena del mal empieza del malo que le hace. Tanta sed tiene el cuchillo de la sangre del propio matador, como de la sangre del que mata: bien pudiera decir que tiene mas sed y mas justa. Ellos determinaron de herir á César solo, y su delito determinó que se hiriesen ellos.

Viéndolos turbados y viéndose herido, quiso Bruto sosegarlos con razones y orar; mas, como el temor del pecado empieza ciego y acabe sordo, se halló sin oyentes; porque, atentas sus almas al razonamiento interior

de sus conciencias, poseídas de horror, derramando frío temeroso en sus corazones, temblando, y con ímpetu desordenado por salir del Senado unos ántes que otros, se embarzaban en la puerta su propia fuga. Aquí se vió claramente la arquitectura engañosa de las fábricas de la maldad: tienen la entrada fácil, y la salida difícil; es muy embarazoso el bulto del pecado: éntrase con desahogo á pecar, y en pecando, se ahoga el hombre en las propias anchuras. Bien cabe el hombre por cualquiera entrada; mas el hombre en quien cabe el pecado, no cabe por ninguna salida. Grande arma ofensiva de los agraviados es la culpa de quien los agravió. Los que mataron á César, por matarle, unos á otros se hieren; por librarse, unos á otros se estorban; porque la muerte propia del difunto empezaba á pelear con ellos mismos contra ellos.

## TEXTO.

«Arrastrados del miedo, con gran escándalo ensangrentados, y los puñales desnudos, huyeron todos, y Bruto con sus compañeros se retrajo al Capitolio. Marco Antonio, temeroso y mudándose el vestido, se escondió. En llegando al Capitolio los matadores, llamaron el pueblo á la libertad. Luego se concitaron grandes clamores, y los discursos diferentes confundieron la ciudad en tumulto suspenso. Mas luego que supieron no se había cometido otra muerte sino la de César, que no se saqueaba la ciudad, que la acción era sin venganza ni codicia, muchos de los populares y de los nobles y magistrados acudieron al Capitolio con alegría; y en viéndolos juntos, Marco Bruto oró con palabras blandas y eficaces, para calificar las causas de aquel hecho. Y convencidos de sus palabras, todos con voces de aplauso le pidieron que saliese. El, confiado en esta aprobación y séquito, salió con todos, siguiéndole los demás, no despojados de recelo; y acompañando grande cantidad de los mas principales de la ciudad (como en triunfo) á Bruto, desde el Capitolio le trajeron á los Rostros. El pueblo reverenció la presencia de Bruto, y en lo venerable de su aspecto detuvo el ímpetu, obediente á la inquietud de las novedades; y contra el orgullo natural de la multitud junta, oyeron su razonamiento con grande silencio.»

## DISCURSO.

Grave delito es dar muerte á cualquier hombre; mas darla al Rey es maldad execrable, y traición nefanda no solo poner en él manos, sino hablar de su persona con poca reverencia, ó pensar de sus acciones con poco respeto. El rey bueno se ha de amar; el malo se ha de sufrir. Consiente Dios el tirano, siendo quien le puede castigar y deponer, ¿y no le consentirá el vasallo, que debe obedecerle? No necesita el brazo de Dios de nuestros puñales para sus castigos, ni de nuestras manos para sus venganzas.

Huyeron estos homicidas al Capitolio por asegurarse, y entran en el Capitolio consigo en su delito su persecución. La sangre de César, que llevaban en sus manos, les iba retando de traidora la de sus venas. Llamaron, para ampararse con buen nombre, al pueblo á la libertad, palabra siempre indigna de la multitud licenciosa. Y Marco Bruto, conociendo por los semblantes

de los que habían concurrido, que la hacían buena acogida, descubriéndose animoso, dijo:

## ORACION PRIMERA DE BRUTO.

«Pueblo romano: Julio César es el muerto; yo soy el matador: la vida que le quité es la propia que él había quitado á vuestra libertad: si en él fué delito tirar la república, en mí ha de ser hazaña el restituirla. En el Senado le di muerte, porque no diese muerte al Senado. A manos de los senadores acabó; las leyes armadas le hirieron: sentencia fué, no conjuración. César fué justiciado, y ninguno fué homicida. En este suceso solo podrán ser delincuentes los que de vosotros nos juzgaren por delincuentes. Yo no retraje al Capitolio mi vida, sino estas razones; porque, en habiéndolas oído, os agraviara si os temiera.»

Siguió estas palabras un largo aplauso de la gente, y con voces agradecidas le pidieron que se viniese con ellos á gozar por la ciudad las alabanzas que merecía. Fióse Marco Bruto de estas demostraciones, y fué acompañado de todos á los Rostros, donde ya habían concurrido en diferentes tumultos todos los ciudadanos de Roma. Parecióle era conveniente informarlos allí, con mas larga oración, en esta manera:

## ORACION SEGUNDA DE BRUTO.

«Ciudadanos de Roma: las guerras civiles, de compañeros de Julio César os hicieron vasallos; y esta mano, de vasallos os vuelve á compañeros. La libertad que os dió mi antecesor Junio Bruto contra Tarquino, os da Marco Bruto contra Julio César. De este beneficio no aguardo vuestro agradecimiento, sino vuestra aprobación. Yo nunca fuí enemigo de César, sino de sus designios; ántes tan favorecido, que en haberle muerto fuera el peor de los ingratos, si no hubiera sido el mejor de los leales. No han sido sabidoras de mi intención la envidia ni la venganza. Confieso que César, por su valentía y por su sangre, y su eminencia en la arte militar y en las letras, mereció que le diese vuestra liberalidad los mayores puestos; mas también afirmo que mereció la muerte, porque quiso ántes tomároslos con el poder de darlos, que merecerlos: por esto no lo he muerto sin lágrimas. Yo lloré lo que él mató en sí, que fué la lealtad á vosotros, la obediencia á los padres. No lloré su vida, porque supe llorar su alma. Pompeyo dió la muerte á mi padre; y aborreciéndole como á homicida suyo, luego que contra Julio en defensa de vosotros tomó las armas, le perdoné el agravio, seguí sus órdenes, milité en sus ejércitos, y en Farsalia me perdí con él. Llamóme con suma benignidad César, prefiriéndome en las honras y beneficios á todos. He querido traer estos dos sucesos á la memoria, para que veais que ni en Pompeyo me apartó de vuestro servicio mi agravio, ni en César me granjearon contra vosotros las caricias y favores. Murió Pompeyo por vuestra desdicha: vivió César por vuestra ruina: matéle yo por vuestra libertad. Si esto juzgais por delito, con vanidad le confieso; si por beneficio, con humildad os le propongo. No temo el morir por mi patria; que primero decreté mi muerte que la de César. Juntos estáis, y yo en vuestro poder: quien se juzgare indigno de la libertad que le doy, arrójeme su puñal; que á mi me será doblada gloria morir

por haber muerto al tirano. Y si os provocan á compasión las heridas de César, recorred todas vuestras parentelas, y veréis cómo por él habeis degollado vuestros linajes, y los padres con la sangre de los hijos, y los hijos con la de sus padres habeis manchado las campañas y calentado los puñales. Esto, que no pude estorbar y procuré defender, he castigado. Si me haceis cargo de la vida de un hombre, yo os le hago de la muerte de un tirano. Ciudadanos: si merezco pena, no me la perdoneis; si premio, yo os le perdono.»

Serenó este razonamiento los ánimos de suerte que, fervorosos, pasaron de la ira al agradecimiento; y llamándole padre de la patria, pedían que á Bruto y á los suyos fuesen concedidos honores y dedicadas estatuas.

## TEXTO.

«Si bien aplaudieron al decir de Bruto, presto mostraron que su discurso no había agradado á todos; porque, como poco despues Cinna en público empezase á maldecir á César y á gritar oprobios contra él, acusándole con desvergüenza, se enfureció el pueblo, y arremetieron á despedazarle por insolente; y lo hicieron si no se ocultara en el concurso. Por este accidente temerosos, con Marco Bruto se volvieron á retirar al Capitolio los conjurados, adonde recelando Bruto que le sitiase, despidió todos los que le seguían, porque con él y sus compañeros no padeciesen, siendo inocentes del hecho.»

## DISCURSO.

Ninguna acción á que atienden muchos, la aprueban todos; porque adonde asisten malos y buenos, no es posible la concordia y es forzosa la diferencia. Es violenta siempre la victoria, porque la da la mayor parte: vence el número, y no la razón. Este riesgo tienen las juntas populares, que las convoca el primero grito, y las arrebatá cualquiera demostración. En ellas tiene mas parte el que se adelanta, que quien se justifica.

Oyeron todos á Marco Bruto; y aunque no aprobaron todos su razonamiento, por haber sido modesto para el difunto y reverente para los oyentes, sin demasia ni oprobrio del muerto, los apasionados de César, acallando su opinión con el silencio, siguieron á los que seguían el parecer de Bruto; mas luego que el imprudente y envilecido Cinna con abominables palabras empezó á deshonrar con oprobrios el cadáver de César, los que habían callado á Marco Bruto, con justo furor se declararon contra Cinna y los conjurados.

Era Cinna falsario de virtudes, hablador y embustero. Tenía su medra en la eminencia de las maldades: no tenía vergüenza sino de que otro fuese peor; y fué tal, que nunca pudo tener vergüenza. Su oficio era acusar á los buenos, sin perdonar á los malos: á aquellos, porque le eran contrarios; á estos, porque no le fuesen competidores. Su cobardía era infame; su envidia aun no tenía por limite la miseria, ni su venganza la muerte. No se defendía de ella el envidiado con dejar de ser, porque alimentaba su rabia en procurar (siendo imposible) que no hubiese sido.

En ninguna edad ni en algun suceso han faltado hombres de estas costumbres: dicenlo las desdichas y afrentas de las monarquías, que no sucedieran si ellos faltaran.

Honrar al amigo muerto es religion, y honrar al ene-

migo muerto religion y honra. Quien afrenta ó consiente que afrenten á su enemigo difunto, miserablemente se confiesa dichoso y infamemente cobarde, pues ni pudo vencer su vida valiente ni su muerte disimulado. El que llora y alaba á su enemigo ya difunto, muestra mañoso que si no le pudo vencer, esperaba vencerle; que le padecía constante, y no le temía rendido. ¡Oh cuántas calamidades han irritado aplausos mujéres en la muerte de los enemigos introducidos por los invencioneros del miedo, que, pobres de valor, por divulgar victorias granjean castigos!

No sintió el pueblo romano que matasen á César, y sintió que muerto dijese mal de él. Tenía el pueblo romano honra, y no permitía á los que no la tenían. ¡Oh providencia inescrutable de Dios, que solo hiciese las partes de César quien solo le afrentaba; y que los oprobrios le granjeasen séquito, y sus propias afrentas fuesen venganza de sus heridas!

## TEXTO.

«Pero convocado el Senado otro día despues en el templo de la Tierra, como Antonio y Planco y Ciceron tratasen del olvido y concordia de todo lo que había pasado, no solo decretaron que fuesen los homicidas absueltos, sino que los cónsules tratasen de honrarlos. Con esta determinación se disolvió el Senado. Marco Antonio envió su hijo al Capitolio, y trajo consigo á Bruto y á sus compañeros, á quien cuantos encontraron en el camino abrazaron, y con grandes demostraciones de contento y amistad los acompañaron. Antonio llevó á Casio á cenar consigo, y Lépido á Bruto, y á los demás aquellos que les eran familiares y apasionados. En amaneciendo se juntó el Senado, y lo primero agradeció á Antonio el haber sosegado el principio de guerras civiles, y luego les repartieron las provincias. Creta se dió á Bruto, Africa á Casio, Asia á Trebonio, Bithinia á Cimbro, la Galia Circumpadana á Décimo Bruto.»

## DISCURSO.

¿A quién no será escándalo que tuviese mas cortés caridad con el Príncipe el pueblo que el Senado? ¿A qué príncipe no será amenaza este ejemplo, si no le fuere escarmiento? Los conjurados empezaron á matar á César, y acabaronle de matar los que les premiaron su muerte. No consintió la plebe las injurias del difunto, y premiaronlas con provincias los padres. En pocas muertes de los emperadores de Roma dejó de ser cómplice el Senado. Santas son las leyes escritas; provechosas son estudiadas; padre de los monarcas es el consejo, y aquí fué padrastro, porque la presunción del que sabe, fácilmente compite al que enseña, y desprecia al que le obedece. Y porque solo el Príncipe es mas poderoso que el Senado, miró el Senado al Príncipe como á estorbo de ser solamente poderoso. No le quedó qué sujetar sino su grandeza, y por eso se persuadió fácilmente á sujetarla.

Viendo Planco y Antonio y Ciceron que no podían resucitar á César, y que, siendo el Senado autor de su muerte, el pueblo no la contradecía, bien advertidos, por agradar á los senadores acreditaron la acción, y por asegurarse de los conjurados propusieron que se les debían dar premios. Fué fácil persuadir al Senado á lo que estaba persuadido; porque los hombres raras veces hallan inconveniente en consultar aquellas honras de